



Libro: El Amor a la Tierra
Emiliano Zapata, Enrique Krauze

PERFILES DE LA VIDA COTIDIANA EN LA CIUDAD DE MÉXICO DURANTE LA PRIMERA OCUPACIÓN DEL GOBIERNO CONVENCIONISTA (diciembre de 1914-enero de 1915)

Preámbulo

La ciudad de México no fue escenario principal de grandes acontecimientos militares durante el periodo revolucionario. La lucha la alcanzó y el cambio desencadenado con el levantamiento armado penetró las costumbres y formas de vida imperantes en quienes la habitaban. El estudio del acontecer diario en aquellos tiempos arroja nuevas luces para lograr una comprensión más cabal del proceso transformador que ha marcado la vida mexicana de este siglo.

Aquí se presenta el análisis de algunos aspectos de la vida cotidiana durante el primer ejercicio del gobierno de la Convención Revolucionaria en la ciudad de México (diciembre de 1914-enero de 1915), periodo solamente indicativo de algunos de los cambios desencadenados por la revolución, en este orden.

Como lo ha hecho muestra la historiografía europea de los últimos años, las investigaciones alrededor de la vida privada sugieren divisiones periódicas y conclusiones diferentes de aquellas que surgen de los análisis políticos o militares; hace posible un análisis más articulado de la realidad, y evidencia ritmos distintos en el devenir del hombre.

Los estudios sobre la Revolución

Ramona I. Pérez Bertruy*

Mexicana han destacado, tradicionalmente, la significación estratégica de las ciudades que cayeron en poder de las distintas facciones contendientes en aquella época. Sin embargo, la mayoría de los centros urbanos vivieron de manera distinta el arribo y el éxodo de quienes las ocuparon transitoriamente. A veces estos episodios marcaron profundamente el comportamiento de sus habitantes; otras solamente quedaron como anécdotas, muchas veces aterradoras, que no modificaron su transcurrir cotidiano.

En este orden de ideas, la capital de la República, en tanto sede de los poderes de la Federación, tuvo una significación político-simbólica. Ocuparla fue un objetivo que se plantearon la mayoría de los movimientos revolucionarios de principios del siglo XX; llegar a ella constituía la confirmación del poder, al mismo tiempo que el momento de tránsito entre la lucha armada y la nueva era que se anunciaba en los planes y procla-

mas. Por ello, aun cuando la mayor parte de los episodios bélicos ocurrieron en otros sitios, la lucha dejó una profunda huella en sus moradores, entre otras razones, porque fue el centro de las disputas faccionales durante los años más críticos de la guerra.

A lo largo de poco más de un cuatrienio la urbe capitalina había estado bajo la égida de seis gobiernos distintos: el del general Porfirio Díaz, quien renunció a la Presidencia en mayo de 1911; el que tuvo a Francisco León de la Barra (mayo-noviembre de 1911) en calidad de mandatorio interino para que llevara a cabo la pacificación del país y expidiera la convocatoria a elecciones extraordinarias; el que presidió Francisco I. Madero, designado por la voluntad popular para gobernar hasta 1916, ya que debía completar el periodo que dejó inconcluso la renuncia de Díaz, y que fue interrumpido por el golpe de Estado entre los militares en febrero de 1913.

El cuarto de dichos gobiernos fue el de Victoriano Huerta, quien en esta última fecha se hizo cargo de la Presidencia y, valiéndose de subterfugios, se mantuvo en el poder hasta julio de 1914. Tras su renuncia, la capital fue ocupada sucesivamente por los constitucionalistas y los convencionistas: entre agosto y noviembre de 1914 se estableció en ella el Ejército Constitucionalista bajo el mando de Venustiano Carranza. Más tarde, cuando los convencionistas rompieron con

*Licenciada en Historia. Investigadora del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM.

el Primer Jefe, hicieron suya la sede capitalina (noviembre de 1914-enero de 1915); después imperaron en ella las tropas carrancista (enero-marzo de 1915) y, posteriormente, fue recuperada por las fuerzas de la Convención (marzo-agosto de 1915), para venir a quedar, finalmente, en poder del constitucionalismo a partir del 21 de agosto de 1915.

Durante estos años el hombre de la ciudad aprendió a convivir con la muerte, la inestabilidad económica y social, la inseguridad pública. Paulatinamente fue cobrando conciencia de lo transitorio que resultaba el predominio de las distintas facciones y lo que ello implicaba para la vida cotidiana. También, el tiempo de crisis propició el surgimiento y, en algunos casos, potenció expresiones inéditas de la población ciudadana.

La población de aquella "ciudad maldita" -como la llamó alguno de los convencionalistas radicales- había tenido, en menos de un lustro, las más dramáticas y contrastantes vivencias. La capital que recibió del general Díaz un trato preferencial para hacerla una urbe cosmopolita definió, durante los años de la dictadura, sus perfiles como la residencia natural de las élites que consolidaron la modernidad porfiriana. En ella se establecieron las grandes casas comerciales, a través de las cuales fluían los objetos suntuarios procedentes del extranjero; los sitios de recreo, las salas de espectáculos y las primeras instalaciones "sportivas", inequívoco signo de modernidad en aquellos tiempos. La relevancia social se expresó pronto en la vivienda, surgiendo así las zonas residenciales de la metrópoli en un estilo acorde con el de los grandes edificios públicos. Y a todo ello vino aparejada la construcción de caminos, el tendido de vías férreas y, durante los últimos años, las primeras redes telegráficas y telefónicas, así como el nuevo drenaje. Tampoco faltaron escuelas y hospitales.

Díaz se propuso que México ocupara un concierto entre las naciones civilizadas y, en este sentido, la capital fue la

depositoria natural de sus afanes modernizadores en todos los órdenes.

Era lógico que en la gran ciudad se requiriese de servicios, entre otros renglones, para el abasto de alimentos, el trabajo doméstico, los transportes, los lugares de recreo, la obra pública, etcétera, además del que prestaban los hombres y mujeres que laboraban en varias de las fábricas establecidas en la capital.

La población metropolitana era muy heterogénea y mantenía un incremento permanente, merced a las continuas migraciones de habitantes de las zonas rurales atraídos por las fuentes de trabajo que abrió la modernización capitalina en los ramos de la industria, el comercio y el de servicios. Pero también viajaron a la ciudad, los hijos de rancheros y comerciantes en ascenso para realizar estudios superiores, inexistentes en muchas regiones. Era así, en términos generales, una población propensa al conservadurismo, aunque particularmente las clases medias ilustradas tuvieron una posición crítica ante los contrastes de la vida social.

La ciudad de México fue, por esto último, el ámbito en el que adquirieron significación las primeras organizaciones políticas, formadas para demandar la apertura de los espacios de participación ciudadana y donde pudo sobrevivir, a pesar de la represión, la prensa opositora. El Comité Organizador del Partido Democrático (1908), el Nacionalista Democrática (1909) y el Centro Antirreeleccionista de México (1910) tuvieron su sede en la metrópoli, y este último coordinó desde aquí la campaña de alcance nacional que culminó con la designación de Francisco I. Madero y Francisco Vázquez Gómez, como candidatos a la Presidencia y Vicepresidencia de la República, respectivamente, para contender con la fórmula reeleccionista que postulaba Porfirio Díaz y Ramón Corral para aquellos cargos.

Durante los últimos años de la primera década del siglo la urbe presenció y participó en actividades inéditas, como fueron los mítines y las convenciones de partidos, organizadas no solamente por la corriente crítica, si no por los propios porfiristas que empezaron a utilizar las

novedosas modalidades de actividad política iniciadas por quienes trabajaban en favor del establecimiento de la democracia. Sin embargo, una vez que Madero convocó a la revolución, las movilizaciones se desarrollaron fuera de la capital y allá se obtuvo el triunfo.

Algunas manifestaciones de descontento popular enmarcaron la partida del viejo general al destierro y casi dos semanas después, el 7 de junio, la población capitalina -excitada por el anuncio de los tiempos nuevos y aún conmovida por el fortísimo temblor que cimbró a la capital en la madrugada- se volcó para festejar la entrada triunfal de Madero a la ciudad de México. El espíritu de aquella recepción apoteósica iría decayendo en los meses subsecuentes.

Madero estaba persuadido de que había llegado el momento para el ejercicio de la libertad. La de expresión fue una de las que se practicaron con mayor amplitud. La prensa pudo actuar críticamente, sin límites, aun cuando fuese para atacar al propio Presidente, y la sátira a la autoridad encontró en el teatro del género chico un espacio natural.

Con el cambio, la vieja capital porfirista no había modificado sustancialmente el ritmo de su vida cotidiana, aunque empezaban a cobrar relevancia algunas expresiones novedosas que procedían de las capas medias y del pueblo, antes ocultas por el predominio de la aristocracia. Como resultado de la apertura que puso en práctica la revolución triunfante, durante los meses del interinato y en el transcurso del régimen maderista, proliferaron las huelgas y se incrementó la actividad de agrupaciones políticas. Se lanzaron a las calles la clase trabajadora y algunas mujeres en busca de la protección de derechos sindicales. Por primera vez, hombres como el barrendero, el obrero de las fábricas, los empleados de las salas de espectáculos y hasta las damas trabajadoras, artistas y algunas mujeres ricas formaban clubes políticos para legitimar socialmente peticiones en los ámbitos laboral y civil.

Todo lo anterior significaba que los diversos sectores capitalinos se aparta-

ban de sus actividades tradicionales. En especial las mujeres, antes restringidas a las labores del hogar y a la instrucción y cuidado de los hijos, ahora se dedicaban a las actividades ciudadanas; se les veía en campañas a favor de los obreros, reuniendo fondos para los menesterosos o pronunciando discursos incendiarios en apoyo al presidente electo, Francisco I. Madero, y llegaron a hacer peticiones muy avanzadas para la época, como la del sufragio femenino y el establecimiento del divorcio.

No cabía duda de que el nuevo orden político incidía en el mundo de lo privado.

La avalancha de mítines políticos que se produjo durante la administración maderista fue la expresión concreta de un tono nuevo en la práctica ciudadana. Ésta modificó los usos tradicionales de algunos recintos: las salas de espectáculos fueron utilizadas adicionalmente para juntas sindicales, cursos de capacitación para elevar la instrucción de los obreros, al igual que para obras de beneficio social. En aquellos días, muchos hombres y mujeres del pueblo se volvieron asiduos concurrentes a los cines y teatros, que fueron insuficientes para dar cabida a la multitud capitalina que irrumpía en ellos, y acabaron muy deteriorados. La creciente participación ciudadana, en todos los órdenes, sacaría de la pasividad a una considerable porción de los capitalinos.

Sin duda, la apertura del gobierno maderista favoreció, en muchos sentidos, la expresión de la vida citadina. Esto significaba, aunque lento, un cambio. Los elementos de transformación, que apuntaban hacia nuevos rumbos ya estaban presentes desde entonces, y los intentos del huertismo para detenerlos fue lo que obró como un detonador.

La paz cueste lo que cueste

La primera confrontación armada de la lucha revolucionaria que presenciaron los habitantes de la ciudad de México fue la “decena trágica”, ocurrida entre el 13 y el 23 de febrero de 1913. Antes la mayoría sabía de la revolución



por las imágenes provenientes de la prensa, las anécdotas, las postales y el cine. Ahora, al volverse una realidad cercana, los habitantes de la ciudad comenzarían a sufrir las angustias de la guerra. De espectadores distantes se transformaron en testigos azorados de la destrucción de aproximadamente 500 edificios públicos y privados, así como de algunos monumentos cercanos a la Ciudadela. Entonces tuvieron que resguardarse en sus casas y solamente pudieron salir en los momentos de tregua que daban los combatientes para que los vecinos de la ciudad salieran a abastecerse de alimentos. Los lamentos callejeros de las víctimas de la guerra, a quienes tuvieron que socorrer, fueron una experiencia insólita y dramática, tanto como la incineración de los cadáveres, en los que se vieron forzados a participar para evitar las “pestes” o enfermedades.

Tales hechos anunciaban un nuevo periodo que trastocaría la existencia diaria de los moradores de la ciudad de

México como consecuencia de la guerra civil.

El general Victoriano Huerta había asumido la Presidencia interina el 19 de febrero de 1913. Una vez concluidos los enfrentamientos armados el nuevo gobierno se proponía lograr la normalización de la vida pública mediante la pacificación y la convocatoria a elecciones extraordinarias de Presidente y de Vicepresidente de la República.

El nuevo mandatario ofreció reanudar “el orden lamentablemente interrumpido”. Sin embargo, el programa huertista se modificaría sustancialmente por la presencia del movimiento constitucionalista, encabezado por Venustiano Carranza, quien abanderado con el Plan de Guadalupe haría la guerra al gobierno ilegítimo hasta lograr su derrocamiento.

El Presidente interino impuso el control militar sobre la sociedad civil mediante una ola de persecuciones, aprehensiones, encarcelamientos y asesinatos de los maderistas. Entonces, la capital vivió momentos de gran tensión y expectación política. Al mismo tiempo, tomó un conjunto de medidas drásticas en materia económica a fin de allegarse de recursos para afrontar los levantamientos armados que se suscitaban en distintas regiones del país. No cabía duda que el retorno de la paz porfiriana estaba lejano. Crecía la amenaza de las tropas revolucionarias provenientes del norte del país, pues al movimiento iniciado por Carranza se sumaron otros caudillos revolucionarios como Francisco Villa, Benjamín Hill y José María Maytorena, y en el sur, el Ejército Libertador al mando del general Emiliano Zapata se mantenía en pie de lucha.

Durante el gobierno huertista, que contra lo previsto se prolongó por casi un año y medio, se tomaron medidas que lejos de favorecer el restablecimiento de la paz provocaron la crisis y el derrumbe del gobierno militar en julio de 1914. Entre éstas destacaron el desmesurado aumento del ejército federal a través de la leva y las disposiciones dictadas con el propósito de que el erario dispusiera de recursos para llevar a

cabo el sometimiento de los rebeldes y la pacificación social; en esta última se incluían programas de mejoría para los trabajadores del campo y la ciudad, para estimular la educación e incluso llevar a cabo el reparto agrario.

Tanto el aumento del ejército como la creación de impuestos, con el único fin de subvenir los gastos de la guerra, erosionaron sustancialmente dos de los principales pilares del sistema porfiriano: las fuerzas armadas y el orden económico.

Por lo que se refiere al ejército, Huerta utilizó el impopular mecanismo de la leva a fin de reclutar soldados para que fueran a pelear contra los alzados. Este procedimiento fue repudiado por la sociedad metropolitana, ya que adolescentes, niños e incapacitados físicamente fueron incorporados a las filas federales.

La animadversión a la leva se recrudeció cuando en tiempos de la invasión estadounidense, la sociedad civil fue víctima de un engaño más porque los contingentes reclutados, supuestamente para hacer frente a aquélla, se destinaron a combatir a los sublevados contra el régimen huertista.

La incorporación forzada a la milicia se convertía en un problema serio para las familias más pobres de la ciudad de México al privarlas de quien suministraba el sustento familiar. Circunstancia que propició la mendicidad o la prostitución de sus hijos y sus mujeres.

A medida que el Ejército Constitucionalista ganaba posiciones sobre el ejército federal, los hospitales de la capital fueron insuficientes para dar cabida a los hombres heridos en el combate.

En consecuencia, Huerta se dispuso a aumentar considerablemente el ejército y alcanzó la cifra de 300,000 soldados, diez veces mayor que el porfirista. Tal modificación, además de ser una onerosa carga para el erario, rompió la estructura de un ejército profesional y bien articulado. Así, la leva obró en contra del objetivo que le había dado origen. Paulatinamente el ejército se desintegró a pesar que el jefe del Ejecutivo privilegió los altos mandos, mediante ascensos y otras prebendas.

Por lo que se refiere al aspecto económico, la creación errática de impuestos dio como resultado un creciente descontento entre los capitalinos. Se gravó la leche, el tabaco, las medidas alcohólicas, la propiedad, entre otros. Los ingresos del gobierno no alcanzaron a cubrir los compromisos contraídos con el exterior; el régimen militar se vio impedido por el cuestionamiento que se hacía de su legitimidad a nivel internacional de obtener préstamos de otros países. Toda esta situación provocó el desplome del sistema económico nacional, principalmente por las fugas de capitales al exterior, la suspensión del servicio de la deuda, la devaluación del peso y el cierre de los bancos.¹

Paralelamente, la movilización militar de los revolucionarios afectaría las actividades agrícolas e industriales. Por una parte, el campo se vio privado de la mano de obra campesina porque los trabajadores se enrolaron en los ejércitos de las facciones en pugna y, por otro lado, la propia agitación impidió que los alimentos y materias primas llegasen a



la capital, ya que los contingentes revolucionarios prefirieron “acaparar granos, carnes, frutas y semillas en las zonas que permanente o que temporalmente controlaban, a fin de abastecer a sus tropas o simplemente para impedir que el enemigo los utilizara en su provecho”.²

Del mismo modo, se privilegiaba el uso de los ferrocarriles para trasladar a las tropas del ejército federal a los campos de batalla, en lugar de destinarlos a la introducción de víveres y alimentos a la ciudad de México. Con todo ello, amenazaba la escasez, y los precios aumentaban desmesuradamente. Los comerciantes y los almacenistas se enriquecían con el negocio de los alimentos acaparados en grandes bodegas, y la producción industrial se contraía cada vez más por la irregularidad del abastecimiento de las materias primas; las fábricas comenzaron a reducir la jornada de trabajo y redujeron los salarios.

El estado que imperaba generaría cambios extraordinarios en la organización de la vida diaria del ciudadano de la metrópoli para poder sobrevivir.

El desplome del orden jurídico

La disolución de las Cámaras, decretada en octubre de 1913 por el presidente Huerta, impedía las funciones gubernamentales, porque además de haber constituido un elemento más en favor del cuestionamiento a la legitimidad del gobierno de Victoriano Huerta, fue un eslabón en la cadena que habría de conducir a la ruptura del orden jurídico. Cuando el Presidente interino se vio obligado a renunciar, como resultado de una situación económica insostenible, la presión internacional y el fortalecimiento del movimiento constitucionalista, las autoridades federales eran, de hecho, inexistentes. El nuevo Presidente interino, Francisco Carbajal, no gobernaría, su encomienda sería entregar la capital a los constitucionalistas; las Cámaras electas después de la disolución de la XXVI Legislatura, que también cargaban con el estigma de la

ilegitimidad, no se reunieron después de la renuncia del caudillo de la Ciudadela; la autoridad judicial había perdido paulatinamente sus funciones, en tanto que el general Huerta asumió facultades en varios ramos de la administración; los gobernadores de los estados habían sido sustituidos por jefes militares designados por el Ejecutivo y operaban como poderes paralelos, en menoscabo, de la autoridad de quienes habían sido electos para ese cargo. Asimismo, la disolución del ejército federal en 1914, estipulada en los Tratados de Teoloyucan, marcó el fin del orden jurídico. Así, la entrada de las fuerzas constitucionalistas a la capital no solamente implicaba la victoria de quienes combatieron a Huerta, sino el primer paso para el establecimiento de una nueva legalidad.

La caída del régimen huertista y la entrada del Ejército Constitucionalista a la ciudad de México no mejoraría la situación de la capital, porque el propio proceso político de la Revolución anunciaba enfrentamientos entre las facciones revolucionarias. Para limar asperezas entre los líderes militares de la Revolución se planteó la pertinencia de una Convención que estableciera los acuerdos para concertar la paz en el país y formular el programa de reformas políticas y sociales de la revolución.

Las condiciones económicas y sociales que vivía la capital se agravaron hacia agosto de 1914: el transporte ferroviario continuó ocupado en las actividades militares y suspendió el tráfico en los territorios que dominaban los villistas. La carencia de materias primas disminuyó notablemente el trabajo en las fábricas -a veces sólo funcionaban medios turnos-, y en otros centros de producción se presentó muy pronto el desempleo. Conforme iban pasando los días se agudizaba la actividad industrial.

El desabasto de artículos y de productos era casi total. Continuó la escasez de los alimentos de primera necesidad. En términos generales, se produjo un incremento en el costo de la vida y aumentó el precio de los productos de

mayor demanda como el maíz, arroz, leche, azúcar, pan y carbón.

La situación económica fue desesperante por la anarquía monetaria. Cada facción revolucionaria emitía billetes y monedas en la zona que controlaba. El dinero circulaba sin un respaldo metálico y su validez duraba mientras las tropas mantuvieran la hegemonía en la zona que controlaban. De esta manera, el gobierno constitucionalista promulgó varios decretos para la emisión de billetes y monedas en la ciudad de México. Los comerciantes en algunos momentos aceptaron el nuevo valor de cambio, mas en otros, sobre todo cuando se anunciaba la cercanía de las otras fuerzas revolucionarias, la rechazaban. La situación afectaba enormemente la precaria economía de los vecinos de la metrópoli, su dieta diaria quedó reducida a granos y líquidos escasos y caros. La desconfianza de los comerciantes y la constante depreciación del papel moneda aumentaba la miseria en la sociedad.

En el primer periodo que dominaron los carrancistas la ciudad de México, entre agosto y noviembre de 1914, se realizaron muchas huelgas. Pero quizás, la que más afectó directamente a los moradores de la ciudad fue la de tranviarios, porque interrumpió la actividad del medio de transporte más utilizado por los capitalinos, lo cual contribuyó al desorden y al vandalismo. Los huelguistas descargaron su enojo sobre los automóviles propiedad de los capitalinos, que se encontraban estacionados en las calles. Se sucedieron encuentros con la policía y el comercio cerró sus puertas. Estos fueron días de angustia para la capital, ya que sin medio de transporte y sin tiendas para abastecerse, la vida era muy difícil. Para aminorar el problema del transporte el gobierno de Venustiano Carranza tuvo que recurrir a medidas extremas como fue la incautación provisional de la empresa de tranvías por considerarla de utilidad pública.

La situación económica y política que vivía la ciudad de México había originado gran intranquilidad. La ofi-

cialidad carrancista aumentó las tensiones porque comenzó a allanar las casas de sus enemigos políticos; particularmente incautó la de los hombres más allegados a Porfirio Díaz y al huertismo. El general Obregón fue incapaz de frenar los desmanes de la tropa dispuesta a saquear la capital. Existía mucha inseguridad en las calles porque no había vigilancia ni suficientes policías. Las acciones de los revolucionarios eran una forma de reproche a los capitalinos por no haber defendido al maderismo del golpe militar.

La falta de tribunales civiles para regular el orden, la implantación de la ley marcial y la designación de jueces militares, colocaba a oficiales, jefes y tropas carrancistas en una situación de privilegio, con respecto a la población civil. Las calles eran invadidas por soldados y proliferaban los centros de vicio, como cantinas y prostíbulos. Los militares armaban escándalos y zafarranchos, y enfrentaban a los ciudadanos, quienes se encontraban en una situación de desventaja por la interrupción del orden jurídico. Sobrevino la desertión de muchos policías porque no tenían autoridad ante la impunidad de los militares. La ciudad fue invadida por maleantes y gente desalmada; los asaltantes estaban a todas horas del día en las calles.³ Se vivía con mucha incertidumbre y desconfianza.

Después de haber iniciado sus trabajos en la ciudad de México, la Convención se trasladó a Aguascalientes, por considerarla una zona neutral. Durante las sesiones que se efectuaron en esta ciudad se produjo la ruptura entre carrancistas y convencionistas. Estos últimos designaron sus propias autoridades y posteriormente ocuparon la ciudad de México. Por su parte, Carranza determinó el traslado de la capital a Veracruz.

La toma de la capital metropolitana era señal de la victoria militar, que llegó a tener en aquellos momentos la fracción convencionista, respaldada por los caudillos que comandaban los ejércitos más populares en el país: Francisco Villa y Emiliano Zapata, a la cabeza.

La capital en crisis

La salida de las tropas constitucionalistas fue un episodio que produjo expectación entre los habitantes de la ciudad. La entrada y salida de los ejércitos se convertiría en una forma de distracción novedosa para los capitalinos, ya que la Revolución había interrumpido varias de las actividades sociales de los metropolitanos. Las festividades, tradiciones y los paseos acostumbrados en la época de la paz porfiriana se encontraban suspendidos. El 27 de noviembre, en la estación del Ferrocarril Central Mexicano, el grueso del ejército carrancista salió con destino a Veracruz para establecer su gobierno provisional en el puerto.

Algunos habitantes de la capital se trasladaban rumbo a Tacuba a visitar al espectacular ejército de la Convención -el cual se encontraba en las afueras de la ciudad-, antes de que las tropas realizaran formalmente su entrada a la capital.

Llegó al conocimiento público la espera de 50,000 soldados de los ejércitos de Villa y Zapata.

Gran parte de la población metropolitana ha estado trasladándose a pie, en coches y tranvías a dicho sitio, con objeto de presenciar las tropas que a medida que llegan los trenes atestados del norte, se diseminan por todo el llano, formando como una segunda población al lado de la antigua. Las tiendas de campaña y las innumerables fogatas de noche dan un espectáculo que pocas veces habían presenciado los habitantes de la capital.⁴

La decisión del Primer Jefe, Venustiano Carranza de trasladar la capital del país, fue de enorme trascendencia estratégica, económica y política. Las aduanas le permitirían contar con ingresos monetarios para financiar su movimiento militar y afrontar las fuerzas enemigas que dominaban el norte, centro y sur del país.

Mientras tanto, en la ciudad de México, el general Lucio Blanco, recientemente incorporado a las filas convencionistas, se encargaba de la entrega de

la plaza y ofrecía garantías a los cónsules extranjeros y a los ciudadanos de la capital. En aquel entonces los habitantes tuvieron como costumbre asistir al zócalo de la ciudad en busca de noticias. Esta plaza de paseo se había convertido en el centro de información pública para los metropolitanos, quienes acudían a tal lugar para estar informados de los últimos acontecimientos.

La entrada de las tropas de la Convención a la ciudad de México, el 6 de diciembre de 1914, fue motivo de fiesta para los capitalinos; la multitud asistía al desfile militar con los mejores trajes de su guardarropa⁵ a esperar la entrada de las tropas militares de Villa y Zapata, y al gobierno de los convencionistas, a quienes aclamó jubilosamente. En esta ocasión hubo sitios para bailar, decorados con volantines, juegos como ruedas de la fortuna en varios puntos de la ciudad, kermesse en la plaza del Carmen, máquinas parlantes y fonógrafos. Se realizaron funciones en 48 salas de cine y seis teatros.

El arribo de las tropas convencionistas ofreció a los capitalinos una imagen que hasta entonces no les era familiar.

La revolución abrió un espacio a los sectores más marginados por la sociedad porfirista. La participación de las masas rurales en el movimiento político, a favor del cambio, le dio una relevancia jamás ostentada siglos atrás. La entrada de las fuerzas militares de los convencionistas expresó simbólicamente esta demanda de igualdad. Los capitalinos pudieron observar el origen social de los ejércitos victoriosos con la simple muestra de su indumentaria. La vestimenta del ejército libertador zapatista denotaba su humilde extracción campesina: pantalón de algodón blanco y gran sombrero de palma, en contraste con la del ejército aliado, el villista: pantalón kaki y botas, uniforme al estilo de un soldado estadounidense o europeo.

La irrupción de las tropas campesinas morelenses y del ejército norteño comandado por Francisco Villa rompería la concepción que tenían los ciudadanos sobre las convivencias sociales. Por pri-

mera vez, abruptamente, los campesinos tenían cabida en los lugares antes reservados a la aristocracia porfiriana. Por vez primera, también las huestes morelenses tenían acceso a restaurantes como Sanborn's. Sin embargo, esta situación era efímera y fue producto de la alta posición política que adquirieron los triunfadores como resultado de la lucha militar.

El recibimiento tan espectacular que le dieron los ciudadanos a los convencionistas, expresaba la idea que acariciaban los moradores, de que las nuevas autoridades que detentaban el poder cambiarían la situación anómala. Las condiciones de vida que imperaron durante el régimen carrancista en la ciudad de México fueron tan aborrecidas por sus habitantes, que ansiaron la entrada de otro gobierno con la esperanza de que disminuyera su estado de penurias.

En contraste, las huestes morelenses despertaron la confianza de los habitantes porque habían penetrado a la ciudad sin llevar a cabo actos de saqueos, violaciones, destrozos o robos.

Tan pronto ocuparon la ciudad, los zapatistas permitieron que el agua de Xochimilco llegara nuevamente; y, para felicidad de los comerciantes, pagaron con monedas de buena ley (aunque mal acuñadas) y no con billetes recién impresos, como los carrancistas.

El gobierno de la Convención se preocupó por sembrar la confianza en los capitalinos. Antes de llegar a la ciudad de México prohibió la confiscación de las propiedades ordenada por los carrancistas y suspendió el decreto relativo a las casas de empeño. El presidente de la Convención, Eulalio Gutiérrez, y los altos jefes militares como Villa y Zapata se hospedaron en hoteles y pagaron el alquiler respectivo.⁶ La mayoría de las tropas del sur permanecieron en los pueblos aledaños a la capital como Mixcoac, San Ángel o Churubusco, y los hombres del norte se hospedaron en el pueblo de Tacuba, a la salida de la capital.

El dominio que mantenían los ejércitos más importantes que integraban la

Convención sobre la zona centro, norte y sur del país, fue fundamental para que se anunciase el restablecimiento de ciertos servicios públicos. El correo abría nuevamente la comunicación entre ciudades del norte del país y la capital: Nogales, Chihuahua, Ciudad Juárez, Torreón, Zacatecas, Silao, Celaya y otros puntos intermedios.⁷ A su vez, se reanudaría la comunicación telegráfica con la zona dominada por los zapatistas: Morelos, Chiapas y Oaxaca.⁸ También fue un buen augurio que se reestableciera el transporte ferroviario de pasajeros con la ciudad de Puebla.⁹

La alegría de los capitalinos muy pronto se desvaneció por los severos problemas económicos que agobiaban a la población. La crisis económica originada por el declive del sistema porfiriano se volcó sobre la ciudad de México, donde se expresaron grandes tensiones económicas y sociales, como reflejo de su dependencia del interior del país. A la ciudad de México no le llegaban los productos y materias primas por la desarticulación de los centros agrícolas ganaderos, la paralización de la producción y falta de circulación de materias primas en el país. En la ciudad fallaba el abastecimiento de víveres, frutas, legumbres, cereales y combustibles. Proliferaba la escasez, la carestía, la falta de transporte y, en consecuencia, la paralización de las fuentes de trabajo repercutía en el desempleo, afloraba la vagancia, la prostitución, la delincuencia; en fin, la inseguridad en todos sus ámbitos. Estos factores eran resultado del poco control que podían ejercer las autoridades revolucionarias para regular la vida de los capitalinos en todas sus dimensiones con motivo del trastocamiento del orden jurídico.

Los metropolitanos conservaron la esperanza de que la influencia de los zapatistas sobre las zonas de su dominio podría beneficiar el abastecimiento de la ciudad, en tanto la producción se deslizaría de los estados cercanos; sin embargo, ello resultó imposible en la práctica porque los ferrocarriles se utilizaban para las faenas militares. Tal situación repercutió en la escasez, el

acaparamiento, la especulación y el encarecimiento de los productos de primera necesidad.

El gobierno del Distrito Federal trató de proteger la dieta de los capitalinos y fijó precios oficiales a los alimentos de primera necesidad, con la finalidad de frenar la especulación de los comerciantes y acaparadores.¹⁰ No obstante, aumentaron de una manera desorbitada los precios de la leche, la carne, el pan, el maíz, el arroz y el carbón. Sin embargo, la necesidad que tuvieron los habitantes de adquirir los productos a cualquier precio rebasó el control del gobierno. Los decretos emitidos fueron burlados, a pesar de las multas y castigos que dictaba el gobierno al comercio, e inclusive la vigilancia que ejerció para la venta de leche. Los expendios de lecherías y los repartidores estuvieron custodiados por policías para vigilar que se pagara a 20 centavos el litro de leche y a 22 centavos la entrega domiciliaria.¹¹ Lo mismo sucedió con el carbón. Los comerciantes rechazaron el precio oficial que era de 5 pesos la carga y amenazaron con cerrar las tiendas



porque no querían vender este artículo al precio estipulado.¹² Con respecto a la carne, el gobierno del Distrito Federal no logró negociar exitosamente a favor de la población, pues los introductores de carne y los expendedores de tal artículo amenazaron al gobierno con una huelga. De tal manera que el precio oficial quedaba marcado en los siguientes términos: maciza 60 centavos, retazo con hueso 50 centavos y filete 80 centavos.¹³ Aun así se tenía la certeza que tales precios no fuesen respetados. Para afrontar esta situación, las autoridades consideraron la posibilidad de adoptar medidas drásticas como la confiscación de los productos de primera necesidad y el establecimiento de multas, a fin de que la sociedad civil pudiese conseguir dichos artículos a un precio razonable.¹⁴ Sin embargo, el temor de que los almacenistas cerraran las puertas de sus comercios hicieron optar a los convencionistas por el respeto a las leyes de la oferta y la demanda del libre comercio y buscar otros mecanismos de ayuda para los pobladores ciudadanos.

Los precios del azúcar, arroz, pan y pimienta, también eran escandalosos. El kilo de arroz costaba 12 reales, el quebrado 7 y el partido 3 reales; el maíz estaba estipulado a 14 pesos la carga, el azúcar granulada a 24 centavos, la pimienta a 26 centavos y las piezas de pan que antes costaban uno y 3 centavos subían a 2 y 5 centavos, respectivamente.¹⁵ El problema más severo lo ocasionaba el precio del pan porque éste constituía la base de la dieta de las mayorías de los mexicanos. Los dueños de las tiendas eran intransigentes con el precio oficial y lo acatarían, siempre y cuando se redujera el peso del artículo, y hasta lograron intimidar a las autoridades amenazando con el cierre de las panaderías.¹⁶ Hubo enfrentamientos entre dependientes de las panaderías y los consumidores. "El problema es que los padres de familia no tendrán para alimentar a sus hijos".¹⁷ La crisis era tan aguda que se llegó al desabasto casi total de maíz. Una nube tormentosa se cernía, sobre todo, en la clase obrera, pues era su principal consumidora.

En términos generales, entre 1913-1915 el costo de la vida aumentó en un 400 por ciento.

En todos los problemas señalados influyó considerablemente el acaparamiento desmedido de los productos de primera necesidad que llevaron a cabo los españoles, dueños de las grandes tiendas de abarrotes y bodegas que cubrían la red mercantil en la ciudad de México.¹⁸ Por otra parte, el desabasto de materias primas conducía al despido masivo de trabajadores, al cierre de las instalaciones y provocaba huelgas en busca de mejoras salariales ante el incremento de la vida.¹⁹ Esta situación era realmente alarmante para las clases más pobres porque vivían al día, de su salario.²⁰ Ir a huelga o cerrar las industrias, afectaba igualmente a las familias ciudadanas en ambos casos porque perdían sus ingresos.

La crisis que golpeaba a las clases más pobres de la capital se agravó en vísperas de la retirada del gobierno de la Convención de la ciudad metropolitana. Los capitalinos se enfrentaron con la desaparición del pan y del combustible en el mercado.²¹ La falta de harina y trigo, algodón, carbón y gasolina acarreó grandes problemas entre los comerciantes y la población. Los vecinos de la ciudad se quejaban de los expendios clandestinos y vendedores ambulantes, los cuales ofrecían leche rebajada con regular cantidad de agua o sesos de res disueltos, café mezclado con alverjón y tehuacán adulterado. Este último artículo no podía llegar a la ciudad porque los obregonistas habían cortado la comunicación con Puebla, lugar donde se envasaba la gaseosa.²² En estas condiciones, fue frecuente que la servidumbre aprovechase la anarquía de los precios simulando que el costo de algunos productos era mayor, a fin de embolsarse una parte del dinero destinado a las compras familiares.²³

Uno de los factores que dificultó el control de precios fue que el régimen convencionista en la ciudad de México adoptó medidas económicas que se quedaron impresas en el papel, ante la imposibilidad de llevar a cabo procedi-

mientos coercitivos para su cumplimiento. El desplazamiento de la capital a Veracruz y el fortalecimiento del constitucionalismo repercutieron en la economía de la ciudad de México. De tal manera que el control que ejercieron los carrancistas sobre la parte oriental del país, donde existían las reservas petroleras, fue fundamental para evitar que llegara el abastecimiento de petróleo y gasolina a la capital convencionista. El fallo del combustible ocasionó la suspensión temporal del servicio de transporte de pasajeros,²⁴ estallaron huelgas y se paralizaron las fábricas. Aumentó el desempleo, la mendicidad, la delincuencia y la prostitución. Ningún habitante de la capital pudo sustraerse a la severidad de las condiciones económicas que imperaban en ella. Inclusive las tropas zapatistas llegaron a pedir limosna y comida en las casas y en las calles.

Por otra parte, la vida de la capital se tornaría cada vez más difícil, porque los convencionistas no pudieron evitar la circulación de distintas monedas sin respaldo metálico; tanto la emitida por el gobierno de Venustiano Carranza como la villista denominada "sábanas" o "calzones blancos", más la que trajeron de Guerrero los zapatistas y la que pondría en circulación más tarde el gobierno convencionista, que se denominó billete "revalidado" o "resellado". Esta anarquía monetaria produjo la depreciación del papel moneda en el mercado nacional y despertó la desconfianza entre los comerciantes de la ciudad de México, los cuales no querían aceptar los billetes carrancistas y llegaron a rechazar los autorizados por la propia Convención. El gobierno de Eulalio Gutiérrez dictó medidas severas contra los comerciantes que no aceptasen los valores de cambio emitidos por su gobierno.

Para enero de 1915, cuando la situación era desesperada, el gobierno de la Convención mandó traer de El Paso, Texas, bienes de primera necesidad y medicinas. Las mercancías fueron distribuidas por las autoridades del Distrito Federal a precios de costo y "verdaderamente módicos para todas las cla-

ses sociales":²⁵ víveres y medicinas se repartieron en los hospitales saturados de heridos y en condiciones verdaderamente precarias. También los lugares públicos eran utilizados para entregar alimentos a la población y eran sitios donde la gente acudía y se formaba en largas filas en espera de que le sirvieran un caldo de habas, frijol o arroz. A su vez, se organizaron kermesses en teatros para recaudar fondos públicos en beneficio de los más necesitados y se recibieron donaciones de compañías cervceras y cigarrerías, así como de las textileras, entre otras, de las fábricas "La Abeja" y "La Hormiga".

La miseria trastocó la jerarquía social existente unos meses atrás, pues para conseguir los productos mercantiles, pobres, ricos y representantes de la clase media coincidían en las "colas" de todos los días por varias horas y desde muy temprano, para conseguir préstamos, para cambiar billetes, para comprar víveres caros, adulterados, de pésima calidad "y lo que es peor todavía, (los comerciantes) se hacían remilgones para venderlas".²⁶ Hay que agregar que no existían suficientes tiendas de abarrotes abiertas al público y la demanda era excesiva, en virtud de la población flotante que llegaba de la provincia huyendo de la revolución o por la gente que venía con las tropas militares. A veces se tenía que recurrir al mercado negro donde los productos eran más caros. También se hacían grandes filas en la Secretaría de Hacienda para cambiar la moneda carrancista por los billetes de los convencionistas y se observaba una muchedumbre heteró-genea. Esta convivencia forzada de clases sociales también se reparaba en los cines e iglesias. El temor y el hambre igualaban transitoriamente a los mexicanos. La guerra abonaba el terreno para que se modificaran las conductas sociales, aunque pervivieron grandes diferencias como se indica adelante.

Una de las versiones de *La cucaracha* refleja con fidelidad cómo las clases medias y los ricos habían tenido que compartir la suerte de las clases inferiores que tanto despreciaban:

La cucaracha, la cucaracha,
Ya no puede parrandear,
Porque no tiene pa' las gordas,
Menos para vacilar.
Hasta las bellas catrinas,
De ésas de chongo postizo,
Las vemos comprar la masa,
Formadas como chorizo.
Hemos visto a catrincitos
Que del "Buen tono" fumaban,
Ahora compran del manojo,
Pues el hambre ya está brava.

Ahora hay unos catrincitos
De ésos que comían gallina,
Ahora los vemos hambrientos
Espulgándose en la esquina.
Se han visto unos catrincitos
De bastón, levita y piocha
Que se van hasta Tepito
A comer pura escamocha.

También todas las rotitas,
De ésas muy bien perfumadas,
Hoy le meten muy duro
A las gordas enchiladas.

En fin, señores, termino,
Y les pido su clemencia,
El que compre este corrido
Tiene un año de indulgencia.

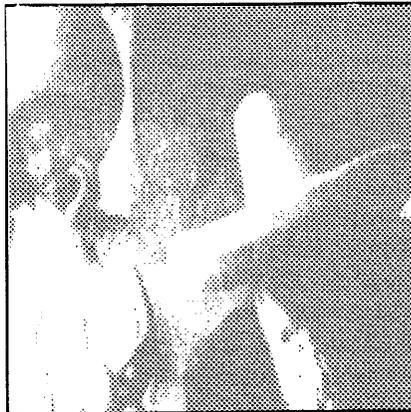
Compren estos nuevos versos,
Cántelos hasta las cachas,
Todos los que no los compren,
Se volverán cucarachas.

La cucaracha, la cucaracha,
Ya no quiere caminar,
Porque no puede y ya no quiere
Tantas pulgas aguantar.²⁷

La revolución creó también nuevos foros de comunicación. La prensa tomó un sesgo cada vez más crítico. Se produjo un auge notable del teatro del género chico y la música popular adquirió un espacio que antes no tenía.

Los corridos populares compuestos por los revolucionarios cumplían, además, una función informativa. Relataban las grandes batallas, los hechos políticos y militares del momento, anunciaban la muerte de los políticos, las tragedias personales; las traiciones, las pasiones amorosas y la muerte. Cada grupo revolucionario tenía su repertorio de canciones favoritas. A los villistas

les gustaba escuchar *La cucaracha*, *La Adelita* y *Jesusita en Chihuahua*; a los zapatistas *El abandonado*, *Deja de arar campesino*, *Tierra y libertad*, *La indita*, *30-30* y muchas más, las cuales se arraigaron en el gusto musical de los metropolitanos. Las composiciones se adaptaban a la experiencia específica del grupo y del momento, por lo cual era frecuente encontrar varias versiones de una misma melodía. En este sentido, algunos de los ejemplos más famosos son *La cucaracha* y *La Adelita*.



En la capital, lo mismo resonaban los corridos populares que *La marcha Chapultepec* y *El cisne*, o los valeses mexicanos *Morir por tu amor*, *Río Rosa* y *Alejandra*. La música que se tocaba en los lugares públicos a veces hacía olvidar el hambre y las penurias a los metropolitanos.

Hacia 1914 la composición de la sociedad capitalina se había modificado, particularmente por la avalancha de provincianos o de inmigrantes que venían de las cercanías del Distrito Federal y de otros lugares del país, huyendo de la leva, de las haciendas y ranchos devastados, o de los desórdenes revolucionarios, y que se lanzaban a la capital del país, en busca de mayores seguridades. El aumento de esta población flotante propició la mendicidad, la delincuencia y la escasez de habitaciones y alimentos. Cuando el hombre de provincia llega a la ciudad de México "se amontona en las vecindades; irrumpe en las viviendas de los parientes o amigos que llegaron antes, se hacina en los cuartos redondos".²⁸

La gente pobre que no tenía parientes en la capital o amigos que los socorriesen, se convirtió en pordioseros y tuvieron que vivir a la intemperie: "sin techos para guarecerse y debilitados por los continuos ayunos, amanecieron muertos en varios rumbos de la ciudad".²⁹ Los muertos de la calle eran recogidos por la carroza fúnebre -tradicción de origen colonial-, imprescindible en estos tiempos, pues el ambiente insalubre que reinaba era propicio para que se desataran epidemias y enfermedades.³⁰

La dinámica de la propia revolución había cambiado la imagen de la ciudad de México. Durante el porfiriato era una ciudad privilegiada, segura, hasta cierto punto elitista -donde vivía la gran burguesía mexicana- y diversificada, en comparación al México de la provincia. Pero ahora, las cosas habían cambiado, al convertirse en un paso obligado de los revolucionarios y al derrumbarse el control jurídico sobre la sociedad y la economía, prevaleció el caos y el desorden y se extremaron las desigualdades so-

ciales. La capital se transformó en un lugar castigado y tuvo que abrir sus puertas a la afluencia de provincianos y revolucionarios, por la misma presión de la lucha armada. En la época de la Revolución era muy difícil conseguir empleos. La adhesión a un determinado gobierno era el camino más llano para adquirirlo. Sin embargo, este recurso era muy limitado por la escasa capacidad financiera que prevalecía y la inestabilidad política. Decenas de millares de gentes sin trabajo, llegadas del interior del país se sumaban a los despedidos de la industria y el comercio. La miseria y la pobreza alcanzaban a capas más extensas de la población: “deambulan por las plazas, avenidas y calles en busca de trabajo que rara vez encuentran”.³¹

En aquellos días aciagos las casas de empeño (negocio de españoles acaudalados), se convirtieron en una necesidad de la sociedad civil para afrontar la crisis económica. Inclusive la opinión pública presionó para que el gobierno del Distrito Federal derogase el decreto del 2 de diciembre de 1914, promulgado por el general Vicente Navarro, ex gobernador zapatista del Distrito Federal, quien aumentó los impuestos que debían pagar las casas de empeño. Los dueños de dichos establecimientos los cerraron como protesta ante el nuevo gravamen. La medida afectó severamente a los ciudadanos, quienes pignoraban sus pertenencias para conseguir dinero que les permitía obtener los víveres del día. Las “casas de empeño” fueron un elemento clave para la sobrevivencia de los capitalinos, quienes reprobaron los nuevos gravámenes que recaerían sobre este tipo de negociaciones.

El general Navarro promulgó el mencionado decreto a fin de frenar la especulación de los prestamistas, propiciada por la propia situación económica de la ciudad. Las autoridades no pudieron negociar fácilmente con los agiotistas, porque la mayoría de los pobladores reclamaba la reapertura de tales negocios. Los moradores asistían a estos lugares formados en grandes “co-

las” en busca de préstamos que solventaran sus necesidades más inmediatas de dinero, con la esperanza de recuperar algún día sus prendas, después de sucesivos refrendos. Finalmente, el gobierno tuvo que ceder y las “casas de empeño” se abrieron al libre comercio.

En términos generales, en la ciudad de México asomaba la miseria, el desempleo, la desnutrición y todo ello naturalmente golpeaba mucho más a las clases desheredadas. El propio aspecto de la ciudad era deplorable, las avenidas estaban averiadas y las calles sucias por la falta de mantenimiento y aseo; en los lugares públicos o de paseo, los jardines se habían deteriorado y la vegetación se marchitaba y en las propias salas de espectáculos proliferaba la inmundicia. Los mercados fueron abandonados y se convirtieron en un lugar de refugio para dormir. Éstos habían sido saqueados por el ejército y la población civil y se transformaron en basureros y fueron constantemente concurridos por indigentes que buscaban desperdicios de comida para sobrevivir. Todo este ambiente de insalubridad, miseria y la falta de alimentos básicos provocó enfermedades como la escarlatina, el tifo y la viruela. Los casos de sífilis y gonorrea se incrementaron por el auge de la prostitución.

La intranquilidad que se respiraba en las calles de la metrópoli en parte era resultado de la escasa vigilancia de policías que había en la ciudad. Éstos eran civiles desarmados que se distinguían por un listón color rojo en el brazo y que actuaban en pareja. El deficiente cuerpo policiaco era insuficiente para detener a los malhechores, las bandas organizadas de criminales y rateros, asesinos, falsificadores de billetes y de lotería, y los delitos del orden común como conflictos de pasiones amorosas que terminaban en acciones violentas.

Existían colonias marginadas como la “Bolsa”, la más pobre de la ciudad de México, y vecindades como la del “Veneno”, situada en la sexta calle de Hidalgo, y además en Bolívar; frecuentemente eran madrigueras de malhechores, algunos de los cuales llegaron a

cobrar celebridad como *El Tigre de Santa Julia*, *El chalequero*, *Jesús Negrete*, *Los fandangos* y *Dos hermanos*.³² La audacia de los maleantes era tal que vestidos con trajes elegantes penetraban a las casas de los acaudalados o se introducían en fiestas particulares para realizar robos espectaculares.³³ La sustitución constante de elementos policiacos era aprovechada por los malhechores que pasaban como soldados del ejército villista o del zapatista y entraban a las escuelas públicas con la intención de raptar adolescentes.³⁴

El incremento de la vagancia, los asaltos, la prostitución y la orfandad eran problemas vastos y complejos como para poder resolverse fácilmente. Los revolucionarios emprendieron algunas acciones atinadas para hacerles frente. El propio jefe de la División del Norte, el general Francisco Villa, junto con el entonces gobernador del Distrito Federal, Alessio Robles, se dio a la tarea de recoger a un número considerable de niños huérfanos y enviarlos a una institución dedicada a atenderlos en Chihuahua.

La violencia revolucionaria

A esta dramática situación se sumaban los efectos producidos por las disputas de carácter político entre los convencionistas. En aquellos meses Villa y Zapata acordaron, en el famoso Pacto de Xochimilco, desaparecer a sus enemigos personales y políticos. Dio inicio, entonces, una ola de persecuciones, encarcelamientos, plagios y asesinatos cuyo propósito era eliminar a huertistas, carrancistas y hasta miembros destacados y funcionarios públicos de la Convención. Los hombres de Villa y Zapata liquidaron a David Berlanga, Paulino Martínez, Guillermo García Aragón y otros más.

Este estado de incertidumbre y temor que sembraron las fuerzas de Villa y Zapata, en el seno de la Convención, para terminar con el gabinete de Eulalio Gutiérrez, presidente de la propia Convención, afectaría sensiblemente a los moradores. Como pretexto de las cam-

pañías políticas, los soldados del ejército del norte y sur invadían domicilios ajenos, robaban, violaban mujeres y confiscaban coches, caballos y otros objetos. Así, para los capitalinos los generales Francisco Villa y Zapata eran

elementos perturbadores del orden social (...)

A diario se ha violado el domicilio, atentado contra la propiedad y la vida, sembrándose el espanto y la alarma en la sociedad de México.³⁵

Noche a noche los villistas plagiaban a vecinos acaudalados, fusilaban por docenas a pacíficos desconocidos y era notorio que cada mañana en el propio carro de Villa (...) se repartían los anillos y los relojes, las carteras de los fusilados, la noche anterior.³⁶

El grado de violencia que ejercieron los soldados sobre la población civil tuvo que llamar la atención del gobierno de Eulalio Gutiérrez, el cual se vio presionado a expedir una circular dirigida a los generales del Ejército Convencionista:

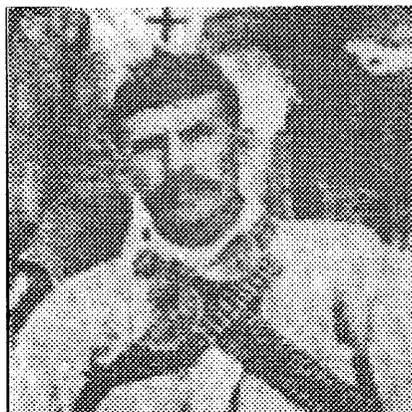
Ha llegado a mi conocimiento, causándome al mismo tiempo que pena, desagrado; que las distintas clases sociales de esta ciudad se encuentran alarmadas y hasta poseídas de pánico por las continuas desapariciones de individuos secuestrados por la noche, ya que para exigirseles en cambio de su rescate sumas de dinero, o ya para asesinarles en lugares despoblados.

Atento a lo expuesto, exhorto a ustedes, señores generales, a quienes va dirigida la presente, para que uniendo vuestro patriotismo al del gobierno, evitéis que vuestros subalternos continúen cometiendo los hechos que motivan esta nota, advirtiéndoles que el Ejecutivo de mi cargo está resuelto a dar garantías a todos los habitantes de la República, sin distinción de clases ni personas, aun a los mismos enemigos de la Revolución, entendiéndose que éstos tendrán los que le otorga la ley a los procesados, contra los que continúen alterando la tranquilidad pública, cualquiera que sea la posición militar, pecuniaria o social, ya secuestrando o plagiando a personas indefensas, o ya asesinandolas.³⁷

A pesar de la buena intención del gobierno de la Convención, las medidas tomadas eran frágiles por la debilidad de su autoridad frente al poderío real que gozaban los hombres de los ejércitos.

Los actos vandálicos y asesinatos que llevaban a cabo los soldados zapatistas y villistas, ponían en tensión a la sociedad capitalina por los enfrentamientos armados que se suscitaban en lugares públicos. Por su parte, la tropa común gozaba de las diversiones y entretenimientos que tenía el pueblo, asistía a los cines y teatros, y en las noches acudían a cantinas, salones de baile y prostíbulos. Eran frecuentes los escándalos callejeros y las riñas. El civil tenía una situación de desventaja ante la impunidad que gozaban las tropas de los ejércitos triunfantes.

El gobierno del Distrito Federal dictó una serie de medidas para imponer el orden público que no se cumplieron. Este era el caso de las restricciones a la venta de licores en determinados horarios y la limitación de que solamente se autorizaba el funcionamiento de las cantinas en el primer cuadro del centro de la ciudad. Estas disposiciones tuvieron que cancelarse y permitir a los pobladores toda clase de libertades.³⁸ El decreto de la ley marcial se encontraba en una situación parecida. El gobernador del Distrito Federal la tuvo que derogar y permitir nuevamente la circulación nocturna de peatones para que "puedan concurrir con toda confianza a los teatros y a todos los centros de recreo, siempre que guarden compostura".³⁹



La desarticulación de la vida social y económica había trastocado la organización de la vida diaria de los capitalinos. La guerra dio paso a la modificación de una serie de hábitos y costumbres para poder sobrevivir. La impotencia de la población ante los avaratares de su mundo material, favoreció el compensatorio de las diversiones.

La catarsis. El mundo de las diversiones públicas

Los que gozaron en su mayor amplitud de la vida de la capital fueron los altos jerarcas políticos y militares de la Convención, quienes disfrutaron de los grandes hoteles y restaurantes de lujo como el Chapultepec, el San Ángel Inn, el Sylvain, salón Bach, etcétera. Ellos comieron carne, aves, caviar y mariscos, tomaron vinos y licores finos como champagne, coñac y whisky.

Los revolucionarios más distinguidos aprovechaban aquel momento para disfrutar los sitios antes reservados a la vieja aristocracia porfiriana sin llegar a convivir con ellos.

Por su parte, el sector más pudiente de la capital metropolitana logró sostener el ritmo de vida que llevaba en el pasado. El estado especial imperante en la ciudad de México, como resultado de los propios trastornos de la guerra, quizás no afectó demasiado los hábitos diarios y las actividades sociales de los ricos capitalinos, porque continuaron con su vida anterior, llena de placeres, diversiones y juegos deportivos. Los burgueses siguieron llegando a los famosos clubes: Polo Club, Titanic, Terpsicore, Centro Asturiano, Juniors Club, Club Gêneve, Orfeón y Catalán, y asistían a los torneos de tenis, polo y beisbol. Además, continuaron celebrando bodas y bautizos, onomásticos; paseos de campo, reuniones de té, y las tradicionales fiestas decembrinas religiosas: la Navidad, Nochebuena y posadas. Tales actividades aparecieron retratadas en la sección de sociales de los periódicos *El Monitor*, *El Radical*, *El Sol*, *Sucesos*, *El Paladín*, y las revistas *Cosmos*, *Arte y Letras*, entre otras.

Este ambiente, que disfrutó una parte muy reducida de la sociedad capitalina durante la revolución, marcaba un mundo de grandes disparidades y diferencias sociales.

Esta situación contrastaba significativamente con la vida del ciudadano común, llena de privaciones, miserias e incertidumbres. El metropolitano no podía gozar de los paseos tradicionales por la inseguridad que prevalecía en las calles y la misma falla del transporte público imposibilitaba la visita a lugares de entretenimientos frecuentados en el pasado, por ejemplo, Chapultepec, Reforma, Xochimilco, Tlalpan y Mixcoac. En consecuencia, algunos de ellos se encontraban totalmente abandonados.⁴⁰

Cabe destacar que los zapatistas, movidos por la fe y aprovechando su estancia en la ciudad de México, revivieron la tradicional peregrinación a la catedral de la Villa,⁴¹ el día de la Virgen de Guadalupe y organizaron una fiesta:

La plazota de la Villa es una verbena. La muchedumbre se apelmaza, óyense música, agólpense pabellones de lona donde se vende cera, dulces, fruta o se juega en las loterías.⁴²

A pesar de estas circunstancias especiales, ello no impidió que alternaran su vida con otro tipo de diversiones. Todos los pobladores, sin distinción de grupos sociales, podían asistir a los lugares públicos a escuchar la música que se tocaba en las plazuelas y en las banquetas, acudir a los cines, a los teatros y a los toros.

En especial, las corridas de toros eran muy populares y las disfrutaban mucho la oficialidad provinciana. Los toros fueron un auge de confirmación de los propios. La guerra impuso la necesidad de que los actores de aquella fiesta-torero y novillo-fuesen mexicanos. Así se modificaba la antigua tradición de importar el espectáculo de España. Durante el gobierno de la Convención en la ciudad de México, la presencia y la influencia que ejercía Francisco Villa en el norte del país, posibilitó que se trajeran matadores regiomontanos.⁴³

La demanda para ver las “novilladas”, era tan grande que las autoridades del Distrito Federal se vieron obligadas a reformar el decreto expedido el 3 de diciembre de 1914 para castigar a los revendedores de boletos.⁴⁴

La falta de recursos de la mayoría de la población para celebrar las fiestas decembrinas como las posadas, la Navidad, la Nochebuena y la compra de juguetes para los niños, empujó a los metropolitanos a las salas deterioradas y sucias de los espectáculos. Los bajos costos del teatro y del cine atraían a pobres y ricos. Acudían un número heterogéneo de pobladores, generalmente más hombres que mujeres y niños. Se daban cita tanto catrines vestidos a la europea, como oficiales del ejército uniformados con el traje militar kaki pardo, botas negras de piel y sombrero de alas anchas y fieltro; campesinos humildes de la tropa con su pantalón de manta y sombrero de paja; mujeres con amplias faldas y rebozos de bolita; niños desarrapados, y las mujeres ciudadinas casadas y solteras, con vestidos a la moda estadounidense.

Era la época de transición y de cambio de la moda femenina. Las damas de la ciudad transformaban sus gustos y se olvidaban de los moldes complicados y estorbosos, de los cortes y estilos venidos de Europa, por otros más ligeros y coquetos. La situación por la que atravesaba el viejo mundo al otro lado del continente, influyó mucho para se diera esta transformación en la indumentaria de las mujeres. La Primera Guerra Mundial imposibilitó la edición y la distribución de las revistas ilustradas y frenó la comunicación y la llegada de artículos europeos al México revolucionario.⁴⁵ Por su parte, México también tenía sus problemas. La entrada de productos suntuarios del exterior por el puerto de Veracruz no era fácil por la invasión de los estadounidenses en 1914, y por el dominio de los carrancistas, quienes se habían apoderado del puerto de Veracruz y lo habían convertido en sede de su gobierno.

Para mitigar las tensiones y la inestabilidad reinante, la mayoría de la po-

blación citadina buscaba los entretenimientos; las tardes eran ocupadas por su asistencia a los toros, a los desfiles de moda, al cinematógrafo y, sobre todo, en la noche, después de las 20 horas, las variedades, el teatro de revista, las zarzuelas, los salones de bailes o cabaretes. Una de las características de las salas de espectáculos era que los teatros se ocupaban de exhibir películas y variedades, en general, desde desfiles de moda, presentaciones de óperas, hasta obras de teatro, zarzuelas y, además, las funciones que presentaba el teatro de revista. Es decir, los teatros eran salas de cine, pasarelas de moda y foros para la representación de obras dramáticas.

El control de Venustiano Carranza sobre el puerto de Veracruz no fue un obstáculo para que la ciudad de México gozara del comercio de películas europeas. Para diciembre de 1914 se notaba la predilección del público por las divas italianas Lydia Borelli, Francesa Bertini, Susana Grandais, Lydia Quaranta y Hesperia. También se observaba el gusto de los capitalinos por las películas que relataban los sucesos de la Primera Guerra Mundial con sus largas series denominadas “Actual guerra europea”.⁴⁶

En los espectáculos frívolos de la capital sobresalía María Conesa, *La Gatita Blanca*, artista preferida por el público de la Revolución y una de las más admiradas en el género chico del teatro mexicano. Como cuando cantaba “dejó sin botones a la guerrera de Francisco Villa”.⁴⁷ Otras actrices aclamadas con menos fama, pero que contribuían a la diversión de los mexicanos, eran Consuelo Vivanco y Concepción Fagoaga.

La demanda y la asistencia al mundo de las distracciones en tiempos de la Revolución fue tan grande que proliferaron los teatros, se llevó a cabo la construcción de nuevos edificios, se ampliaron y remodelaron muchos de éstos a partir de 1911. Entre diciembre de 1914-enero de 1915 funcionaron los siguientes: Teatro Mexicano, Principal, Colón, Hidalgo, Lírico, Díaz de León, Alcázar, Manuel Briseño, Apolo, Arbeau, Ideal,

Buen Tono y Salón Rojo. Entre las salas de baile más populares se encontraba el Salón Bucareli. Por lo pronto, durante la estancia del gobierno convencionista en la ciudad de México, se abrieron tres nuevos cines: el Welton y el Lux, en la colonia San Rafael; el Buen Tono, en la Doctores, y el cine Lerdo, con capacidad para dos mil espectadores, en la colonia Santa María la Ribera.⁴⁸

La concurrencia del público al mundo de los espectáculos era multitudinaria, se agolpaban en las ventanillas de los boletos para los toros y los teatros para adquirir pases de entrada, y la demanda fue tal que ocasionó la aparición de los revendedores de boletos. Las autoridades saldrían en defensa del público, y para protegerlos dictaron una ley contra aquéllos. Este decreto sería inofensivo contra los vendedores ambulantes, porque se decretaba a unos cuantos días de la salida del gobierno de la Convención de la capital.

La Revolución se convertía, para los empresarios, dueños de los centros de diversión, en una mina de oro; lejos que la inestabilidad los hiciera perder dinero, ganaban demasiado y alimentaban la prostitución.

También existían variedades y espectáculos para diferentes bolsillos; en caso de que el cliente no pudiese pagar el bono de la entrada, se podía negociar con los dueños de las compañías para que los más pobres de la capital también tuvieran acceso a un poco de diversión para olvidarse momentáneamente de la situación angustiante en la que se vivía.

... a grito pelado anunciaban en la puerta, cuando apenas se había acabado de levantar el telón: ¡ya pueden pasar a ver esta y la siguiente tanda, pagando dos tamales o un elote por entrada!⁴⁹

En aquellos días era contradictorio que la mayoría de los ciudadanos no tuviera qué comer; mas en cambio, sí tenía dinero para gastar el mismo en el mundo de los espectáculos. Al respecto el periódico *El Paladin* anunciaba: "Por eso se llena la plaza y los cines y el teatro y se ven trajes rotos, quejas y miserias.

Hay pues dinero para gozar y no hay para comer. Así somos". Los capitalinos preferían ir a los toros, al cinematógrafo o al teatro, y olvidarse de su miseria. Tanto el mundo de los espectáculos como la religión se habían convertido en un bálsamo para apaciguar la desesperación de los capitalinos. En especial, la última fue un sedante psicológico; en esos momentos la fe se arraigó entre los metropolitanos.

Epílogo

Los conflictos internos acarrearón el debilitamiento de la Convención. El enfrentamiento entre el gobierno de Eulalio Gutiérrez y las fuerzas de Villa y Zapata culminó con la huida del presidente convencionista.

Al retirarse de la ciudad la comitiva de Gutiérrez, en unión del populacho invadieron las barriadas de San Antonio Tomatlán, el Carmen, Ferrocarril de Cintura, Peralvillo y calles adyacentes, cometiendo actos de violencia como saqueos de tiendas, misceláneas, empeños y demás comercios, no escapándose ni las boticas.⁵⁰

El comercio ocultó sus productos y encareció aún más los artículos de primera necesidad. Los abusos de los comerciantes y acaparadores estuvieron a la orden del día. Imperaba un ambiente de zozobra y temor por la inseguridad. Para calmar la excitación popular, el general Roque González Garza, nuevo presidente de la Convención, aplicó la ley marcial.

Las dificultades entre altos mandos convencionistas fue aprovechada por el enemigo. El general Álvaro Obregón se apoderó de Puebla y marchaba hacia la capital de la República.

Finalmente, la Convención decidió trasladarse el 26 de enero de 1915 a Cuernavaca, Morelos, tierra de dominio de Emiliano Zapata. La actitud de las tropas morelenses y de los villistas recordaba los días que los carrancistas entraron y abandonaron la capital del país en agosto y noviembre de 1914, respectivamente. Asaltaron tiendas,



puestos de mercados y oficinas públicas. Salieron arrasando todo tipo de bienes y alimentos que pudieran llevar consigo. Se interrumpieron los servicios públicos: la luz, el telégrafo y el transporte. Reapareció el espectro del hambre porque el comercio cerró las tiendas de abarrotes y la población no pudo comprar los productos de consumo diario. La inseguridad pública se recrudeció por la falta de vigilancia en las calles, ya que la policía se desintegró con la salida de los zapatistas. Nuevamente la ciudad quedaba en manos de los malhechores y malvivientes.

Los habitantes de la ciudad más importante de la República continuaron, por algunos años más, viviendo en condiciones de penuria y de zozobra, como producto de la guerra.

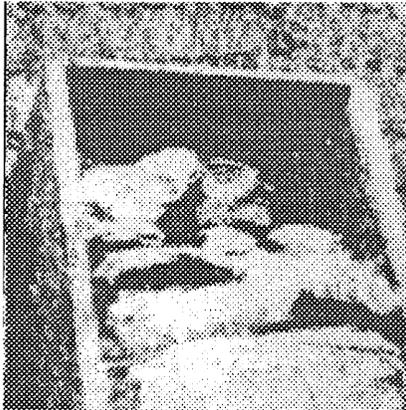
La normalización de la vida capitalina se iniciaría a partir de 1917, cuando se reorienta el rumbo político del país con muchas dificultades, una vez que la fracción triunfante de la revolución encabezada por Venustiano Carranza se

consolidaba totalmente. La ciudad de México fue tomada por el grupo vencedor a finales de 1916, el cual se dio a la tarea de promulgar la nueva Constitución, convocar las elecciones generales en 1917 y emitir las primeras medidas para estabilizar la moneda mexicana y conseguir poco a poco el reordenamiento de la economía interna, que fue objetivo prioritario de los gobiernos posteriores.

La Constitución de 1917 cerró el ciclo que se abrió con la lucha revolucionaria de 1910. La nueva ley fundamental abría una nueva etapa de reacomodo de las fuerzas sociales que emergieron durante la guerra civil. Los años que transcurrieron entre la caída del régimen porfirista y la hegemonía constitucionalista generaron algunos hábitos y nuevas costumbres dentro de la sociedad mexicana.

A la agitación revolucionaria de los primeros meses, sucedió la apertura política del gobierno maderista, que favoreció la participación de los marginados en la vieja sociedad porfiriana. El trastocamiento del orden político repercutió en el ámbito de la vida privada. Acostumbrados a la inmovilidad y a la ausencia de derechos políticos, hombres y mujeres de las clases trabajadoras comenzaron a dedicar parte de su tiempo a las actividades públicas. Las costumbres de los habitantes del México revolucionario habían iniciado un proceso de transformación irreversible, aun antes de la guerra. Ésta fue un detonador a raíz del golpe militar encabezado por Victoriano Huerta.

Los episodios de la "decena trágica" cambiarían la cotidianidad de los metropolitanos. La lucha por la sobrevivencia se imponía sobre el antiguo orden porfirista. Los habitantes tendrían que enfrentar la vida diaria. Paralelamente a la organización de las nuevas fuerzas políticas, sobrevinieron los cambios sociales que suscitó la propia movilización revolucionaria. Cuando la capital fue escenario del arribo y éxodo de las facciones, sus habitantes tuvieron que adaptarse a las nuevas circunstancias para sobrevivir. Enfrentaron la desarticulación de la vida polí-



tica y económica del país y sufrieron grandes penurias: hambre, miserias, elevación del costo de la vida por el desabasto, la desorganización de los servicios, falta de seguridad civil, etcétera.

Los largos años de lucha propiciaron patrones de conducta y hábitos que se quedarían grabados en la conciencia colectiva y que marcarían el nacimiento de una nueva cultura. Sus experiencias más inmediatas fueron la música que había traído la "bola", el teatro y las diversiones públicas.

Las masas irrumpieron en la vida política y sociocultural del país; los trabajadores del campo y la ciudad ocuparon, desde entonces, un sitio en la vida nacional.

NOTAS

¹Manuel Rodríguez Lapuente, *Breve historia gráfica de la Revolución Mexicana*, Ediciones G. Gilly, S.A., de C.V., p.103.

²Ramón Bonfil G. "El asalto a los empeños, una explosión popular", en *Mi pueblo durante la Revolución*, tomo 1, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, p. 59.

³Francisco Ramírez Plancarte, *La ciudad de México durante la revolución constitucionalista*, México, Talleres Tipográficos de Impresos Unidos, S. de R.L., 1940, pp. 237-238.

⁴"Arribo de la División del Norte" en revista *Artes y Letras* tomo 1, núm. 42, 5-XII-1914.

⁵*Ibidem*.

⁶Aurelio de los Reyes, "Vivir de sueños (1896-1920)", en *Cine y sociedad en México, 1896-1930*, México, IIE/UNAM, V. I, 1983, páginas 160-161.

⁷"Se restablece el servicio postal", *El Monitor*, 7-XII-1914, p. 6.

⁸Véase "Se restablece el servicio de giros telegráficos" y "Reparaciones telegráficas", *El Monitor*, 8-XII-1914, pp. 1 y 3. "Se restablece el telégrafo a Cuernavaca", *El Monitor*, 9-XII-1914, p. 3.

⁹"Desde hoy no sale tren nocturno para Puebla. Los convoyes van escoltados para evitar algún percance a los viajeros", *El Radical*, 1-I-1915, p. 1.

¹⁰"Reducción de los precios sobre la venta del carbón" y "Sólo podrá venderse cervezas en las cantinas", *El Monitor*, 6-XII-1914, pp. 5 y 7.

¹¹"Los expendedores de leche y carbón", *El Monitor*, 7-XII-1914, p. 5.

¹²"Reducción de los precios sobre la venta del carbón" y "Problema del alza del carbón", *El Monitor*, 6 y 7-XII-1914, pp. 5 y 6.

¹³"Huelga frustrada en el rastro de la ciudad", *El Monitor*, 9-XII-1914, pp. 1 y 3.

¹⁴Véase los siguientes artículos del periódico *El Sol*: "Si continúan los abusos será decomisado el carbón", 20-I-1915, p. 2, y "Fueron decomisadas 66 cargas de carbón", 26-I-1915, p. 1.

¹⁵Véase varios artículos de *El Monitor*: "Inesperada alza en el precio del pan", 12-XII-1914, p. 3;

"Los panaderos en pequeño quieren llegar a un acuerdo con los acaparadores", pp. 1 y 2; "Los acaparadores serán castigados severamente", 24-XII-1914, p. 3, y "Fulminantes", en *Los Sucesos*, 11-I-1915, p. 1.

¹⁶"Los acaparadores en pequeño quieren llegar a un acuerdo con los acaparadores", *El Monitor*, 23-XII-1914, pp. 1 y 2.

¹⁷"Falta por completo el pan en la capital", *El Sol*, 25-I-1915, p. 3.

¹⁸Entrevista con la licenciada Clementina Bata-lla de Bassol, realizada por Eugenia Meyer y Alicia Olivera, el día 20 de febrero de 1973 en la ciudad de México, México, Instituto de Investigaciones doctor José María Luis Mora, 1975, p. 38.

¹⁹"También falta algodón", *El Radical*, 1-I-1915, página 4.

²⁰"Llegó algodón y no se cerrarán las fábricas", *El Radical*, 2-I-1915, p. 4.

²¹"Llegaron 15 carros de carbón", *El Radical*, 1-I-1915, p. 1.

²²"La adulteración de ciertos artículos", *El Sol*, 21-I-1915, p. 4.

²³"Venta clandestina de leche en Guadalupe Hidalgo, D.F.", *El Sol*, 21-I-1915, p. 4.

²⁴"Se disminuirá el servicio de pasajeros", *El Monitor*, 31-XII-1914, p. 1.

²⁵*Ibidem*.

²⁶Francisco Ramírez Plancarte, *La ciudad de México durante la revolución constitucionalista*, Méxi-

- co, Impresores Unidos Mexicanos, S. de R.L., 1940, página 254.
- ²⁷Ramírez Plancarte, *ibidem*, pp. 467-470.
- ²⁸Alfonso Vázquez Mellado, *La ciudad de los palacios. Imágenes de cinco siglos*, México, Diana, 1990, p. 290.
- ²⁹Ramírez Plancarte, *ibidem*, p. 238.
- ³⁰Ramón Bonfil G., *ibidem*, p. 59.
- ³¹Francisco Ramírez Plancarte, *ibidem*, p. 291.
- ³²"Se sigue activamente la limpia de gente peligrosa en las vecindades", *El Monitor*, 22-XII-1914, pp. 1-3; "Herido de muerte en la colonia de la Bolsa", y "La escuela del crimen en la C. de la Bolsa", *El Radical*, 2-I-1915, p. 4.
- ³³"Los ladrones a la alta escuela invaden las calles de la metrópoli", *El Sol*, 20-I-1915, p. 1.
- ³⁴"Escándalo e impudicia", *El Sol*, 21-I-1915, p. 1.
- ³⁵José Vasconcelos, "La Tormenta" (segunda parte de *Ulises Criollo*), México, Ed. Botas, 1936, página 244.
- ³⁶*Op. cit.*, p. 216.
- ³⁷Francisco Ramírez Plancarte, *ibidem*, páginas 282-283.
- ³⁸"El cierre de las cantinas" y "Los cantineros piden permiso para vender vinos y licores", *El Monitor*, 6 y 12-XII-1914, p. 3 y p. 7, respectivamente.
- ³⁹"El público puede asistir a teatros y reuniones", *El Monitor*, 16-I-1915, p. 1.
- ⁴⁰*El Radical*, 1-I-1915, p. 1.
- ⁴¹"Elegancia, femeniles por la marquesa Rosalinda", revista *Cosmos*, año III, tomo IV, diciembre 1914, No. 33.
- ⁴²"Hoy se solemniza la festividad de la Virgen india que floreció entre Rosas en el ayate de Juan Diego", *El Monitor*, 12-XII-1914, p. 1.
- ⁴³"Novillada" *El Sol*, 1-I-1915, p. 3.
- ⁴⁴"Se reglamenta la reventa de boletos", *El Sol*, 26-I-1915, p. 1.
- ⁴⁵"Elegancias femeniles por la marquesa Rosalinda", revista *Cosmos*, año III, tomo IV, diciembre 1914, No. 33.
- ⁴⁶Aurelio de los Reyes, *ibidem*, p. 167.
- ⁴⁷José Fuentes Mares, "La Revolución Mexicana. Memorias de un espectador", en Berta Ulloa, *La revolución escindida*, México, Ed. El Colegio de México, 1979, p. 83.
- ⁴⁸Aurelio de los Reyes, *ibidem*, p. 163. Véase la cartelera de teatros y cines, *El Monitor*, 9-XII-1914, p. 5.
- ⁴⁹Francisco Ramírez Plancarte, *ibidem*, p. 463.
- ⁵⁰*Ibidem*, p. 289.
- Barreda Fuentes, Florencio (compilador y notas), *Crónicas y debates de las sesiones de la Soberana Convención Revolucionaria*, México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana/INEHRM, tomo II, 1965.
- Benítez, Fernando, *Historia de la ciudad de México*, España, Salvat, 1984.
- Casasola, Gustavo, *Historia gráfica de la Revolución, 1900-1940*, Cuaderno No. 9, México, Ed. Trillas, 1964.
- Castro Leal, Antonio (selección e introducción), *La novela de la Revolución Mexicana*, México, Editorial Aguilar, tomos I y II, 1965.
- Cosío Villegas, Daniel, "El porfiriato. La vida social", en *Historia moderna de México*, México, Ed. Hermes, 1970.
- Cruz Rodríguez, María Soledad, *La institucionalización de la Revolución y los procesos urbanos en la ciudad de México, 1920-1928*, tesis para obtener el grado de maestría en Historia de México, México, FFyL, UNAM, enero 1992.
- Cumberland C. Charles, *La Revolución Mexicana. Los años constitucionalistas*, México, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1983.
- Gaytán, Carlos, *La Revolución Mexicana y sus monedas*, México, Ed. Diana, 1971.
- González Blanco, Pedro, *De Porfirio Díaz a Carranza*, España, Imprenta Helénica, 1916.
- González Navarro, Moisés, *Población y sociedad en México, 1900-1970*, México, Ed. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Serie estudios 42, UNAM, 1974.
- González Ramírez, Manuel, *La caricatura política*, México, Fondo de Cultura Económica, tomo II, 1974.
- La revolución social de México, 1. Las ideas. La violencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.
- Gortari, Hira de, y Regina Hernández Franyuti, *La ciudad de México y el Distrito Federal*, México, Departamento del Distrito Federal/Instituto de Investigaciones doctor José María Luis Mora, 1988.
- Kahlo, Frida, *Autorretrato de una mujer*, México, Edivisión, Compañía Editorial, S.A., 1987.
- Maria y Campos, Armando, *El teatro de género dramático en la Revolución Mexicana*, México, INEHRM, 1957.
- Mendoza, Vicente T., *El corrido mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984 (Colección Popular, 139).
- Monsiváis, Carlos, "Sobre tu capital, cada hora vuela", en *Asamblea de ciudades*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional de Bellas Artes, 1992.
- Olivera, Alicia (coordinadora), *Mi pueblo durante la Revolución*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, tomos I y II, 1989.
- Quirk, Robert E., *La Revolución Mexicana, 1914-1915. La Convención de Aguascalientes*, México, Ed. Azteca, S.A., 1962.
- Ramírez Plancarte, Francisco, *La ciudad de México durante la revolución constitucionalista*, México, Talleres Linotipográficos de Impresores Unidos, S. de R.L., 1940.
- Reyes, Aurelio de los, "Vivir de sueños (1896-1920)", en *Cine y sociedad en México, 1896-1930*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983.
- Richmond W. Douglas, *La lucha nacionalista de Venustiano Carranza, 1893-1920*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Rodríguez Lapuente, Manuel, *Historia gráfica de la Revolución Mexicana*, México, Ediciones Gili G., S.A., 1987.
- Rojas, Basilio, *La soberana Convención de Aguascalientes*, México, Ed. Comaval, S.A., 1961.
- Rutheford, John, *La sociedad mexicana durante la Revolución*, México, Ediciones El Caballito, 1978.
- Salazar, Rosendo, *Del militarismo al civilismo en nuestra Revolución*, México, Libro-Mex editores, 1958.
- Sánchez Lamego, Miguel, *Historia militar de la Revolución en la época de la Convención*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1983.
- Secretaría de Educación Pública/Senado de la República, "La Revolución día a día", en *Así fue la Revolución Mexicana*, México, Consejo Nacional de Fomento Educativo/Dirección General de Publicaciones y Medios de la Secretaría de Educación Pública, tomo 7, 1985.
- Silva Herzog, Jesús, *Breve historia de la Revolución Mexicana. La etapa constitucionalista y la lucha de facciones*, México, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1960.
- Tello Díaz, Carlos, *El exilio. Un retrato de familia*, México, Ed. Cal y Arena, diciembre 1993.
- Ulloa, Berta, "La revolución escindida", en *Historia de la Revolución Mexicana*, México, Ed. El Colegio de México, 1979.
- , "La encrucijada de 1915", *op. cit.*
- Valadés, José C., *Confesiones de un joven rebelde*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1956.

BIBLIOGRAFÍA Y HEMEROGRAFÍA

- Acevedo Escobedo, Antonio, *La ciudad de México en la novela*, México, Departamento del Distrito Federal, Col. Popular, 1973.
- Alessio Robles, Vito, *La Convención Revolucionaria de Aguascalientes*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979.
- Amaya C., Luis Fernando, *La Soberana Convención Revolucionaria, 1914-1916*, México, Ed. Trillas, 1975.
- Aub, Max, *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, Lecturas Mexicanas 97, 1992.

